

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En el naufragio espantoso del *Titanic* se ha verificado lo contrario que en la catástrofe del Bazar de la Caridad, en París, hace algunos años. En esta última, la mayoría de las infelices víctimas fueron mujeres. En el enorme navío, las mujeres y los niños fueron los primeros salvados.

En París, no existiendo una autoridad que pudiese enfrenar el instinto egoísta del varón, éste—perteneciente sin embargo a las clases elevadas de la sociedad, que deben ser más cultas moral y materialmente—se lanzó a buscar una salida, para no ser pasto de las llamas, y la buscó atropellando y pisoteando cuerpos femeniles, abusando de su fuerza para adelantarse a las que corrían espantadas, como rebaño que se agolpa, y eran arrojadas al suelo sin compasión.

Y la reprobación fué universal, cuando se averiguó el hecho. Era, se decía, señal clara del escaso valor moral de las generaciones contemporáneas: era síntoma del desenfreno de los instintos bajos, ya no reprimidos por el sentimiento del honor y por los dictados severos de la conciencia. Hoy, al poder observarse, en el caso del *Titanic*, el fenómeno contrario, el sacrificio personal en aras del deber, ¿supondremos un cambio favorable del nivel moral del siglo? A mi parecer, no. Los que en el Bazar de la Caridad se portaron como bandidos, en el barco no hubiesen tenido más remedio que portarse como héroes, porque el capitán y los oficiales los amenazaban con sus revólveres, y llegado el caso, hicieron uso de ellos. Cuatro italianos, nos refiere la prensa, fueron muertos a tiros por querer lanzarse antes que nadie y fuera de su turno a los botes de salvamento.

La autoridad es necesaria, y la fuerza es lo único que resuelve ciertos conflictos... He aquí la moraleja que se desprende de la terrible tragedia, tal cual la relatan los diarios.

Pero añadamos también que la autoridad, para imponerse, necesita a su vez del prestigio moral. Si el capitán del *Titanic* no fuese hombre capaz de morir como murió, en su puesto y en el cumplimiento de su obligación si todos no creyesen que así sería, el revólver no le hubiese bastado para poner orden. Un revólver es una conciencia: y si no es eso, no es nada; es un arma como otra cualquiera, y una mano fuerte la inutiliza, torciendo la muñeca del que lo empuña. No fué el revólver, fué el sentimiento de la ley, de la razón, de la dignidad humana, lo que auxilió a ese capitán en la difícil tarea de contener al ciego miedo y al instinto de conservación desatado, en las horas críticas de las horribles tragedias...

Y sin embargo, hubo en esta pérdida del barco más enorme y más suntuoso del mundo algo de que es preciso acusar a quienes pudieron evitarlo y no lo hicieron. En el buque faltaban canoas de salvamento. Con suficientes canoas para todos, no se hubiese ahogado nadie. Esta es la grave responsabilidad de la Compañía, y más valiera que hubiesen tenido esos pasajeros canoas en buen número, que tanto jardín flotante, y tanto salón de esto y de aquello, y tantos refinamientos de todas clases para una travesía de seis días, en que realmente sólo hace falta seguridad, limpieza y un poco de esparcimiento, sin más requilorios.

Es muy frecuente este caso en el lujo moderno: a veces, entre los excesos de su exageración, se nota la falta de lo esencial, de lo necesario para la vida... De eso vemos ejemplos a cada instante. En los hoteles de primera, donde el boato no es menor que a bordo de los transatlánticos, se carece, por ejemplo, de seguridad; se leen a menudo relatos de las hazañas de esos ladrones especiales llamados *rats d'hôtel*, que se introducen en las habitaciones y se llevan lo que pueden. Y más valdría saber que no hay temor a tal contingencia, que poseer suntuosas cortinas, muebles elegantísimos y una multitud de perendengues que no se necesitan para nada y sólo compla-

cen en casa propia. Faltaron canoas a bordo del *Titanic*, y sobraron palmeras, flores, hielo, y otras inutilidades bonitas, destinadas a justificar el exorbitante precio del billete...

También, según noticias, le corresponde su parte de culpa al capitán. El rumbo de la nave desvió hacia el Norte. ¿Sería su objeto ganar velocidad? Porque este pugilato de rapidez en las travesías es fruto de las competencias entre las líneas, pero puede dar lugar a algo semejante a lo ocurrido ahora. Cuanto más se acercase al Norte el navío, mayor era el peligro de tropezar con los témpanos flotantes que, en esta estación, van como blancas montañas, navegando y desheliéndose según avanzan. El colosal *iceberg* se lanzó contra el titán de los mares, y los dos gigantes se embistieron... Pero el gigante ártico era más fuerte; la Naturaleza le había dado por arma su enorme peso, su volumen espantable. Apenas algunos fragmentos de hielo saltarían al mar, mientras el *Titanic*, herido en el flanco, debía agonizar horas, hasta sumergirse lentamente, á cuatro mil metros de profundidad, para dormir eterno sueño entre la calma profunda de la masa líquida que le sirve de lecho y de fosa...

En Madrid, al acercarse el verano, menudean las tentativas teatrales, las conferencias y las Exposiciones. De éstas, una muy interesante es la de las obras del eminente paisajista Beruete, muerto hace poco tiempo. Su viuda y su hijo, inconsolables, penetrados de piadoso culto a su memoria, se han apresurado a organizar la exhibición de su obra, que se realiza en los pabellones anexos al estudio del gran pintor Joaquín Sorolla, que está siendo visitada por todo Madrid, en este momento. La Exposición, que sólo estará abierta diez días, comprende 666 obras, que constituyen, nos dice el Catálogo, la tercera parte de la producción del artista.

Beruete, que era una conciencia pintando, ha roto e inutilizado muchos de sus paisajes, por entender que no estaban a la altura de lo que él soñaba, en su ansia de perfección al transcribir los aspectos de la Naturaleza.—Otros los ha vendido, o regalado. Yo poseo dos de lo mejor: uno de la primera manera, *La ribera de Vigo*, otro de la segunda, una vasta, majestuosa línea de cielo y horizonte. Con lo que se expone, sin embargo, ahora, se puede formar más exacto juicio del artista y de su evolución.

No ha afectado la evolución de Beruete a su sistema artístico, que es realista, sino a su factura, inspirada al principio en la de su maestro Haes, y después en la sencilla observación de lo visible y en su reproducción fidelísima. Cada paisaje de Beruete—paisaje rural o urbano—es un trozo de verdad, impecable. Si en algo ha ejercitado el autor la libertad de su fantasía, es en la elección de ese fragmento, en la cual suele guiarse un poético instinto de belleza. Nada falsea Beruete, pero elige, y nos presenta aspectos que provocan en nosotros la más honda emoción.

Hay otro motivo para ensalzar a Beruete, para atribuir a su labor toda la importancia de una revelación interesantísima. Es el cuidado con que se atiende a España, y la sensibilidad exquisita con que percibe sus diversísimos matices de originalidad y de hermosura propia. Queda todavía, después de la obra de Beruete, un inagotable tesoro desconocido que explotar en el paisaje de las regiones españolas; pero Beruete ha abierto el camino, y lo ha dejado tan expedito, que detrás de él irán sin obstáculos, en la dirección señalada, los regionalistas, descubridores de rincones donde la Naturaleza parece hablar ese lenguaje inefable que estremece el alma...

La larga labor de Beruete (interrumpida sólo por la muerte, en un cuadro que ha quedado sin terminar, pero que revela igual vigor y sentimiento de lo real que todos cuantos le precedieron), abarca a España entera. En Madrid, la Casa de Campo, los alrededores, varias veces y en distintos puntos; la Moncloa; los márgenes del Manzanares, caras a Goya; las grandes ramazones de los plátanos urbanos; el arroyo de Cantarranas; los pintorescos lavaderos; los pinos del Plantío de los Infantes, que son algo magnífico, de un color y una fuerza sorprendentes; las charcas que reflejan irisándolas las coloraciones del cielo; la caída de la hoja; el aspecto invernal de los despojados árboles; las carretas castellanas, enormes, típicas—Beruete hubiese sido un gran *animalista*;—los cipreses de la Florida; el paisaje nevado en las cercanías de la capital; la Plaza de las Salesas, en un día de nieve; los desmontes; los eucaliptos; la casa de Goya; el Arroyo de la Bruja; los cementerios; el depósito de Aguas; los barrios olvidados; la característica Pradera de San Isidro; las sombras de la Pradera; el camino de Fuencarral, por donde vienen a la urbe tantas hortalizas y tantos gentiles re-

baños de cabras; la aridez amarilla de las tierras de laboreo; la Pradera del Corregidor; la perspectiva de Madrid desde la Fuente de la Teja; la iglesia de San Francisco, desde la ribera del Manzanares; las dehesas de la Villa; el alto de la célebre Cuesta de las perdices; los extraordinarios, bellísimos «Espinosa en flor», los puentes..., y tantas y tantas páginas sueltas del Calumniado, mal comprendido paisaje madrileño... ¿No es verdad que esta lista de las impresiones pictóricas de Beruete, parece evocar asuntos de tapices goyescos? Para Goya, también existían las perspectivas de Madrid; también la Sierra y el Manzanares, turbio de jabón, tuvo especial encanto. Pero Beruete, más severo que el Sordo, de quien era apasionado, no tomó el paisaje de Madrid por campo de su fantasía. Lo pintó estrictamente como lo vió; y, cuando surgieron ante sus ojos esos divinos almendros que son un ramillete temblante de primavera, o esos espinos que parecen nieve vivificada por el soplo de Flora, entonces la mayor magia de colorido y de sugestión brotó de este pincel prendado del asunto.

Viajero incansable por España, a sus impresiones madrileñas unió las recogidas en las cumbres de la Cordillera Cantábrica, en las cercanías de Alsasua tan gayas y verdes, bajo la intensa luz de Mallorca, en sus costas, en las orillas del Eresma, en San Vicente de la Barquera, en Segovia, en Valsain, en la Granja, en Cercedilla, en Lequeitio, en el Escorial, en Santander. Especial predilección consagró a Galicia y a Toledo. A Galicia pertenecen los estudios de la Ribera de Vigo, de sus mareas bajas, con la nota del verdor delicioso de las algas húmedas, en contraste con el negror de las peñas; de los mercados gallegos exuberantes de colorido, de las incomparables orillas del Avia, de Sada y sus contornos. A Toledo corresponde una parte muy considerable de la obra. Nunca se cansaba Beruete, atraído hacia Toledo por la riqueza de arte y de recuerdos que hacen tan notable a esta ciudad, de tomar apuntes de ella, de registrarla, de empaparse de su austera y original fisonomía. Así reprodujo reiteradamente las orillas del padre Tajo, el puente de Alcántara, el de San Martín, la vista de Toledo desde los Cigarrales, el célebre castillo de San Servando, los Cigarrales mismos, las huertas fértiles regadas por los cangilones de las norias, las ventas, los rodaderos, las torcidas calles, los baños de la Cava, la huerta del Cristo, y la espléndida perspectiva, tratada ya por el Greco, de la imperial ciudad vista desde la Virgen del Valle.

Otros lugares de predilección fueron, para Beruete, Granada, Ronda, Gibraltar, Segovia, Sigüenza, y sobre todo Avila, que retrató en su panorama austero, en sus huertas, en sus murallas rudas y dramáticas, en sus agostadas eras, en su traza castellana cerrada, firme, con vistas al cielo. Pero la mayor novedad de los estudios de Beruete, fué la inexplorada Cuenca. En esta ciudad y sus cercanías encontró algunas de las cosas mejores que produjo. Como sabemos de sobra que no menta Beruete, que ni siquiera exageraba, nos detenemos entusiasmados ante el bello fragmento de las murallas de Cuenca—una orgía de color ardiente, meridional, que me recordó la soberbia entonación de Orihuela, vista en un día cálido y tempestuoso.—Cuando se tiene la sinceridad genuina y noble de Beruete, se descubren tierras por nadie sospechadas antes; y en cambio, rara vez asoman, en la obra de Beruete, preferencias hacia los lugares ya demasiado conocidos del público, demasiado admirados por los turistas. Se diría que repugna a su espíritu la explotación del sitio ya famoso, la reedición centésima del canal de Venecia a la luz de la luna, o de la reja enramada, o de los jardines muertos, de aristocrática melancolía. Si alguien repugnó la mezcla del elemento literario con el puramente artístico, fué sin duda Beruete. No quiso poner, en sus paisajes, idea alguna. La vista, el color, la línea, la luz. Habrá que pensar..., pero, ante todo, hay que mirar y reproducir.

Y es un grande, un glorioso artista el que se nos aparece, en su plenitud de fuerza, en la Exposición a que vengo refiriéndome. La realidad palpita en esos lienzos que anima, infatigable, un aliento de amor a lo que es, a la sencillez sublime de lo natural. El arte no necesita más que eso: puede, sin embargo, y hasta debe (si el artista, al hacerlo, obedece a su temperamento, a su sensibilidad especial) salirse de lo real estricto, dar alas a su imaginación, idealizar: pero siempre será esto peligroso en pintura, forma del arte que exige lo concreto, y que de la verdad ha sacado sus mejores triunfos,—porque aun los pintores como el Greco y como Goya, de lo real extrañeron la substancia de sus sueños y de sus simbolismos...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.